

Reseña literaria de

El enemigo de la muerte. Un abecedario de Elias Canetti,

de Carlos Vásquez

Daniela Londoño Ciro

(Colombia, 1988-v.)

Historiadora de la Universidad Nacional de Colombia. Magíster en Hermenéutica Literaria de la Universidad EAFIT. Editora en la Editorial Universidad de Antioquia. Autora de ensayos para diferentes publicaciones literarias.



Resumen

Reseña literaria del libro *El enemigo de la muerte. Un abecedario de Elias Canetti*, de Carlos Vásquez, publicado por la Editorial Universidad de Antioquia en el 2021. Se repasa el contenido del texto y se plantean algunas preguntas y reflexiones que este suscita.

Palabras clave

Apuntes, Carlos Vásquez, Elias Canetti, literatura, muerte

Las letras de un abecedario representan los sonidos de una lengua. En este caso, no se habla solo del español, lengua de Carlos Vásquez y en parte de Elias Canetti, pero tampoco del alemán, lengua en la que este escribió luego de haberla aprendido de forma ruda, sino quizá de algo con una condición visceral, de la “lengua salvada” del escritor búlgaro que podría considerarse un motivo central de *El enemigo de la muerte. Un abecedario de Elias Canetti*, publicado por la Editorial Universidad de Antioquia en el 2021.

En su autobiografía, Canetti recuerda los paseos mañaneros de su infancia, en brazos de una joven que lo tenía a su cargo y el encuentro con un hombre con el que ella se veía en secreto: el hombre le exigía al niño sacar la lengua bajo la amenaza de una navaja; el desenlace fatídico se postergaba cada mañana, pero el miedo y la orden del silencio hicieron mella. Tal vez esa lengua salvada, atravesada por un ultimátum, sea una pista de lectura del abecedario que aquí se reseña: una experiencia siniestra de la infancia que muta en destino, el destino del escritor que escucha, que no deja de indagar el silencio y que busca muchas voces y lenguas. La carne de lo que se hará y se dará con el tiempo, en espíritu, como conjunción inobjetable de forma y contenido, en los *Apuntes*, fuente nutricia del abecedario escrito por Carlos Vásquez.

En *El enemigo de la muerte* se va de letra en letra, y cada una es deriva: palabra que da pie a un excursu libre en torno a ciertas ideas de Elias Canetti. Unas ideas principales, sin duda, que tienen en sí, estrujado, el dulzor y el agobio de haber sido escogidas en lugar de otras: son las palabras del poeta que lee —Carlos Vásquez— y dan pie a la pregunta de sus lectores —que lo son de la obra canettiana, seguramente—: “¿Las de él son mis palabras?”.

Carlos Vásquez comenta en las páginas preliminares del libro cómo fue su encuentro con Elias Canetti en

el 2010. *Autor-encuentro, palabras-destino* son duplas de sentido que, acaso, resumen una historia singular que no tiene una cronología y que no es progresiva, sino que expresa el decurso estanco de un lector: concentración, morosa reflexión, nunca explicación ni conclusión. Carlos Vásquez da cuenta de una experiencia lectora cuya transformación en pensar poético terminó por contener en una secuencia finita de letras y sus correspondientes palabras, es decir, una experiencia que ha sido dada con mesura. Letra por letra, el lector se detiene, la mira, lee la palabra que otro lector decidió desplegar; a lo mejor piensa, cada vez y otra vez: “¿Cuál es mi palabra?”.

Las palabras que otro resalta y que hacen invocar las propias son una suerte de espejo que no deforma, sino que alumbra nuevos reflejos, y que es consecuente con una idea sobre las preguntas que se halla en el libro de Carlos Vásquez, colegida de un apunte de 1973: “¿Pero quién es él cuando escribe? Para saberlo hay que atreverse a formular preguntas, la respiración de las palabras está en las preguntas. Por eso él no se atreve a responder y la pregunta que le guía apunta a él y pregunta por él. Por las preguntas lo conoceréis”.

La pregunta es apertura, y cada palabra que se torna pregunta para el lector es esperanza. La veneración a las palabras está en el centro de este libro: una por una, cada una, en un orden que no es fila y que imaginariamente se vuelve cielo estrellado, luz testimonio de existencia, luz que contiene un tiempo que es vida incontenible y titilante.

A continuación, se resume el abecedario, sin detalles, ensayando ciertas pistas, imitando en el recuento un goce que conoció de niño Elias Canetti: meter la mano en un bulto de granos, palpar su dureza, sacar un puñado de esos granos y dejarlos deslizar entre sus dedos.

Allí: “los lugares que él habita en la escritura de apuntes”. *Bondad*: las trampas de considerarse bueno; la inquietud por la existencia del bien en un mundo de la guerra y

del mal. *Caracteres*: la pasión de una vida; encontrar lo uno de cada persona, en su multiplicidad. *Dolor*: “nuez de la palabra” y la escritura; centro del sentir la otredad, misericordia. *Espíritu*: su inabarcabilidad y el riesgo de su desierto; el sello de pobreza que porta. *Fe* indomable en el carácter sagrado de toda vida. *Guerra*: atrocidad y dolor que memoriza el escritor. *Hambre*: una bajeza del organismo, ligada al matar; su forma moral es “la necesidad insaciable de elogios”. *Ideas*: corazón de este libro-abecedario. *Judíos*: sus padecimientos, sus heridas, sus testimonios. *Kafka*: el escritor contrario a la vanidad; sus significaciones parten de lo irrisorio, emergen de la evaporación del Yo. *Libros*: su estar ahí y la historia de una vida que hacen. *Masa*: una experiencia que se vuelve causa intelectual. *Niña*: siempre que se duerme vuelve a despertarse; la vida se extiende con las palabras que salen de su boca (da, acaso, la posibilidad de soslayar la muerte en vez de combatirla). *Oídos, ojos*: entre los cuales Canetti aspira a vivir, su ascetismo, la posibilidad de los encuentros. *Palabras* para perseverar; palabras que son sus preguntas, las que dan a conocer al poeta; palabras-pluralidad para que el Yo desaparezca en ellas. *Quejas*: forma de apartar la muerte; la lamentación por los muertos como una pasión. *Recuerdo*: “nunca nada es pasado”, dice Canetti; el destino del poeta de dar testimonio. *Sonne*: el hombre bueno, el admirado sin tacha, el que enseña el silencio. *Tierra*: la esperanza en que esta no desaparezca. *Uno que...* es uno y la multitud de los unos que...; soledad y comunidad. *Vejez...* clavada en la mente. *Walser*: el odio a todo lo grande, la veracidad. *Yo*: “soy yo y escribo esto porque me busco”. *Zhuang Zi*: el sabio.

Esta reseña pende de la ambigüedad y no quiere ser conclusiva; es una provocación. Se ha citado y parafraseado a Carlos Vásquez en el párrafo anterior y el lector colegirá que la voz de este se imbrica con la del escritor que la motiva. Su libro no es académico y las palabras no son evocadas con un ánimo exhaustivo ni de discernimiento conceptual, sino con el impulso poético oscilante entre la identificación y la metamorfosis.

En *El enemigo de la muerte* las palabras han aflorado descritas, rodeadas, narradas, sinuosas. Meandros de dos ríos. Cada meandro, riego de posibles lecturas, de arraigos vitales. No hay casi énfasis (por más que haya concentración y parsimonia, no hay represa), solo curso, cauces de diferente amplitud, afluencias. Se habla de cosas, de fenómenos, de personas, de sentidos, de sentimientos. Se cuentan algunas historias. Se encadenan experiencias y abstracciones. La muerte es pozo y peso: gravedad de las palabras, necesidad de que estas sean auténticas y no vanas.

2

Los *Apuntes* son la fuente principal de este abecedario, son un modelo de forma vital. Seguramente porque componen el libro de una vida hecha de trozos, de trazos hechos a lápiz; de ideas que van y vienen con diferente intensidad y provisionalidad, sin temor a la contradicción y evadidas del mandato del sistema. Por supuesto que otros libros, en especial la *Autobiografía* y *Masa y poder*, alumbran, por tramos, el discurso en torno de las palabras escogidas. No extraña, en cambio, que la única novela de Canetti, *Auto de fe*, sea apenas mencionada; su novela de juventud, cumbre del sentimiento de catástrofe, de caracteres mortíferos y de cerrazón. En contraste, los apuntes realizan en su forma la exigencia de la apertura, del espacio para respirar, de la libertad del pensar, de lo propio que no se puede sintetizar ni coartar. Frases y párrafos que no se ordenan, que se topan unos con otros, eventualmente, según el azar y los intereses de quienes los lean.

Más allá de ver esto, que resalta Carlos Vásquez al comienzo de su abecedario, la persistencia, la obstinación del apuntar desperdigado de Elias Canetti, ¿no hace pensar en una acción que es siempre una puesta en vilo y que, como tal, tiene en sí algo del delirio que rehúye? Esta es una pregunta titubeante, que nace de advertir el miedo subyacente a la fragmentación de forma y sentidos que muestran los apuntes. Y está la muerte, claro: ¿La aceptación de la muerte no ha sido la apuesta

eminente de los cuerdos? ¿Por qué la enemistad con la muerte no raya con el delirio? ¿Cómo comprender entonces la lidia con lo imposible, con la derrota de la muerte, que es vertebral en la obra de Canetti abordada en este abecedario?

Desde otra perspectiva, llaman la atención los tiempos disímiles que coexisten en los apuntes. Podría afirmarse que, dado que los apuntes contienen múltiples tiempos, extienden la vida y postergan la muerte: son precipitados, no dejan de ocurrir, se prolongan algunos, otros se reproducen, tienen variaciones, se multiplican a lo largo de la vida. Como no progresan, su duración es indeterminada. Y sería ingenuo declarar que terminaron en algún punto. Como traen vacilación, suspenden el tiempo, a su manera. Así, tal vez los apuntes sean una forma de ganarles momentáneamente a la muerte, como si fueran delgados agujeros para que pase la luz a través de una pared infranqueable.

3

“Esta vida es mi fe”, dice Carlos Vásquez lo que a su manera dijo Canetti. Y discurre en torno de esa fe, la rodea. Es suya y no lo es: la fe es inaccesible, como su objeto. Pero supone un acto, una lucha, “la lucha contra la muerte” que se multiplica en palabras. A lo mejor eso es este abecedario, al igual que la respuesta a su epígrafe, cita de Canetti: “El enemigo de la muerte no fue escrito y, así, yo no he hecho nada. He merecido con creces la burla que cosecho por sus convicciones. Si estuviera aquí, si existiera físicamente, si de verdad estuviera aquí, nadie sería capaz de burlarse de él”.

Sobre la fe de Canetti, dice Carlos Vásquez: “La suya era una fe sin forma pero no una pasión informe. La búsqueda de la escritura coincide con el intento de darle forma a su fe. El superviviente Canetti se pregunta cómo puede vivir aún si muere a su alrededor tanta gente”. Fe y pasión, fe y padecer, están ligadas. Cabe preguntar cómo la forma en que la fe se escribe llega a ser liberación y, si se quiere, redención. Con todo, lo serio y lo sufriente son definitivos en la actitud

del enemigo de la muerte. Y a lo mejor los descreídos, sin siquiera asomar todavía un gesto de burla, ajenos a ese singular modo de padecer, sean renuentes a apreciar lo esencial y a la vez difícil que la singular fe de Canetti representa y la glosa que de ella se hace en este abecedario.

De alguna manera, más allá de sus dramas, de su novela y, cómo no, de algunas descripciones de caracteres que se leen en *El testigo oidor*, lo vulgar, lo grotesco, lo cómico parecen elementos excluidos (o, cuando más, secundarios) de las reflexiones de Canetti. Lo solemne, lo sustancial, todo lo ajeno a la ironía y al cinismo dan cuenta de una enunciación a contracorriente de la debacle (sea esta individual, civilizatoria, planetaria). Y entonces podría suponerse que la fe de Canetti es insensata o anacrónica en una época en la que se habla de la muerte como un mero hecho lingüístico que alimenta las más sesudas reflexiones, aunque también como un hecho estadístico o una inminencia que da lugar a las más airadas militancias en pos de la preservación de la vida. Pero asimismo vale considerar —incluso a modo de clave de lectura de *El enemigo de la muerte*— la exigencia individual, moral, reflexiva que comporta esa fe: nunca estar ajeno al miedo de morir y anclarse en esa forma de debilidad, que es, a lo mejor, una forma de sabiduría.



Alejandro Castaño, *Cabeza*, 2019-2022, serie escultórica. Arcilla mixta, 30 × 25 × 25 cm aprox.
(Fuente: fotografías de Emilio Castaño Ochoa).

Trata bien a los prisioneros y preocúpate por ellos

Por doctrina entiendo organización, control, asignación de rangos apropiados a los oficiales, regulación de rutas de abastecimiento y provisión de los principales artículos usados por el ejército